

Carlos Trías Sagnier

bían reencarnado y fustigaban implacablemente a los ricos de la época, expropiándoles sus riquezas para entregarlas a los explotados. Las acciones de los Tupamaros, tan eficaces como espectaculares, llenaron de asombro y admiración a los pueblos del mundo. Proliferaron las leyendas. Decíase que el Presidente de la República había recibido de la organización guerrillera una foto suya, en la que se le veía afeitándose. Nadie se explicaba cómo eran curados los heridos en ac-

nificaba la intervención inmediata de brasileños y argentinos (era la época en que al otro lado del Río de la Plata los militares todavía detentaban de forma directa el poder político).

Pero también este tipo de euforia pasó. Hoy, muchos dirigentes de la organización, incluido Raúl Sendic se hallan en prisión. Otros han optado por el camino del exilio. Algunos siguen actuando en el interior del país, pero sus acciones son cada vez más distanciadas y menos eficaces. Lo espectacular ha dejado paso a la

silenciosa labor de cada día. Parece como si el mismo huracán que terminó con la alegre vida ciudadana hubiera barrido también los restos de aquella época heroica.

«¡Viva el Frente Amplio!». En las paredes subsisten los retratos de una política abierta, que tuvo en las elecciones de 1971 su punto culminante. Luego, el Presidente electo, Bordaberry, en colaboración con los militares, organizaría un autogolpe que terminaría con los últimos resabios de libertades formales. «¡Abajo la dictadura!», «¡Libertad para Seregni, el militar patriota!». Los partidos de izquierda, ilegalizados, tuvieron que refugiarse en las sombras. La Confederación Nacional de Trabajadores fue disuelta. Silenciosamente, sin estridencias a la chilena, pero de un modo tan firme y masivo como aquella, la represión iría extendiendo sus tentáculos hasta abarcar toda la amplia gama de organizaciones populares.

«Apresúrense en conocer el país. Aprovechen ahora que todavía existe». El pueblo uruguayo afrontaba la situación con un orgulloso humor negro, que encubre la desesperación y la impotencia. En las puertas de los baños, en los bancos de los paseos y de las plazas, en cualquier superficie donde un cuchillo o una tiza pueden dejar huella las inscripciones evidencian el deseo de un pueblo que se resiste a hundirse en el abismo. Un abismo donde le precipitaron los sucesivos imperalismos que medraron por la zona, y de donde no saldrá hasta que, junto con los demás pueblos de

América Latina, se sacuda a los «gendarmes» de la explotación y de la dependencia. Uruguay sufre las consecuencias de un huracán. Pero este huracán no es algo intangible ni producto de oscuras fuerzas de la Naturaleza. En pocas palabras, tiene un nombre: el fascismo.



Raúl Sendic: Hoy en la cárcel.

ción. Unos sostenían que las complicadas intervenciones quirúrgicas se realizaban en los mejores hospitales de la ciudad, sin que la Policía se enterase. Otros, que en el subsuelo había una red de quirófanos con todos los adelantos de la técnica. El Tupamaro estaba infiltrado en todas partes. Su omnipresencia era mítica. La Policía se mostraba incapaz de hacer frente a aquella ola de secuestros y acciones espectaculares, que culminaron con la ejecución de Dan Mitrione (sinistro personaje que, bajo la máscara inocua de técnico en agricultura, ocultaba su verdadera identidad de agente de la CIA experto en torturas). Los más optimistas afirmaban que los Tupamaros tenían capacidad suficiente para intentar la toma del poder, y que si no lo hacían era porque ello sig-

LES gusta Uruguay? Bueno, lo que queda de Uruguay...». Así empezó todo.

Luego vendrían las imágenes de una ciudad muerta: las calles de los barrios residenciales completamente a oscuras, los vetustos carros de los años felices circulando por las calzadas desiertas al borde del descalabro definitivo, los restaurantes vacíos. Subimos a un autobús. Todos son viejos. «La juventud partió», nos dice una anciana. Parece como si un huracán se hubiera desencadenado sobre la ciudad, barriendo todo atisbo de vida urbana.

«Antes...». Antes, Montevideo era una ciudad próspera y feliz. A uno y otro lado de sus avenidas se alineaban comercios florecientes en donde se encontraban los últimos gritos de la moda europea. Los Bancos guardaban celosamente los tesoros depositados allí por las oligarquías de todo el continente. Uruguay —la Suiza americana— era un lugar seguro, un ejemplo de civismo, un espejo en el que se debían mirar todos los pueblos del orbe. Sus sólidas instituciones, calcadas de un país lejano que había cedido su nombre a aquel mito resplandeciente, provocaban exclamaciones de admiración y de envidia en las gargantas de las burguesías criollas. Nadie podía imaginar que bajo aquellos afeites y aquellas galas, bajo tanta riqueza y tanto esplendor germinaban las semillas de la decadencia. Nadie, a la vista de aquella euforia, de aquel civismo, de aquella solidez institucional podía albergar en su mente el pensamiento macabro de que todo, como en tantos otros lugares, terminaría en la más sórdida y violenta de las catástrofes. Montevideo estaba en fiesta. Fascinada por el disfraz que le había to-

en suerte llevar, narcisista lo indecible, no escuchaba los lóbregos profecías que lanzaban los habituales pájaros de mal agüero. Se había obstinado en ser la excepción de la regla. Y se resistía a aceptar el hecho irrefutable de que aquel castillo, aparentemente de cemento armado, era en realidad, como tantos otros castillos coloniales (o neocoloniales), de arena.

Hasta que un día...

Un día comenzaron a llegar noticias alarmantes. Las crónicas oficiales hablaban de un grupo de «bandoleros» que sembraban el terror entre las viejas familias. Las subterráneas, transmitidas a media voz en las catacumbas, afirmaban, por el contrario, que los viejos héroes populares se ha-

El desmoronamiento de un mito

Cuando todo el mundo está enzarzado en interminables discusiones sobre el control de natalidad para poner freno al crecimiento demográfico, resulta que en un rincón del Nuevo Mundo, el continente soñado por los pueblos apiñados en pequeños territorios, la población descende en términos alarmantes. ¿Cuál es la causa de esta anomalía? ¿Acaso Uruguay es un país tan pobre que no puede asimilar su escásimo crecimiento vegetativo (el inferior del continente)? Y resulta que no, que Uruguay no es pobre, sino todo lo contrario. A ambos lados del Río de la Plata se extienden praderas sin límites, pastos interminables considerados por los expertos como una de las zonas más fértiles del Planeta. La Pampa húmeda, la Tierra de los Gauchos, es famosa en todo el mundo por su tierra negra la más rica en «humus», la más idónea para la cría de ganado y el cultivo intensivo de cereales. Si Uruguay es hoy un país pobre,

la causa de esta pobreza no hay que buscarla en su tierra, sino en las estructuras implantadas sobre ella. En el interior del país, vastísimas extensiones de terreno esperan, utilizando la metáfora de Bécquer, la «mano de nieve» que quiera sembrarlas. El pequeño detalle es que estos latifundios no son tierra de nadie. Tienen dueño, y un dueño particularmente poderoso. Quinientas familias, entre las que se cuenta la del propio Presidente de la República, poseen la mitad de la tierra total del país (y controlan además las tres cuartas partes del capital invertido en la industria y en la Banca). Estas familias han boicoteado durante cerca de dos siglos los distintos proyectos de reforma agraria que se han ido elaborando. Y mien-

tras, a la espera de que algún día la reforma cristalice, el campo se despuebla. «Los desocupados se suman a los desocupados, y cada vez hay menos personas dedicadas a las tareas agropecuarias. El país vive de la lana y de la carne, pero en sus praderas pastan en nuestros días menos ovejas y menos vacas que a principio de siglo» (1).

Los emigrantes del campo fluyen hacia Montevideo. Pero en Montevideo encuentran una ciudad en plena decadencia, que no puede dar trabajo ni a sus propios hijos. Y entonces se inicia la emigración hacia el exterior.

Unos —los más— cruzan el río y se instalan en Buenos Aires (al ritmo actual pronto en esta ciudad habrá más uruguayos que en la propia Montevideo). Otros, atraídos por la leyenda, enfilan hacia Australia, la Tierra Prometida del mundo moderno. Unos y otros dejan atrás su tierra natal, con una mezcla de tristeza, amargura y odio hacia quienes les han obligado a partir. «Bordaberry: Te puedes meter el país en el culo», rezaba una pancarta desplegada por unos emigrantes al abandonar el puerto de Montevideo. Una cañonera intentó hacer volver a la nave. Pero el capitán se negó a obedecer y los autores de la inscripción se libraron de la cárcel.

Sí, de la cárcel, porque no todos huyen del espectro del hambre. Sobre la pampa uruguaya cabalga más de un jinete apocalíptico. La guerra interna, declarada por el Ejército contra el propio pueblo, ha cobrado muchas vidas y ha llenado las prisiones de opositores al Gobierno. El exilio es el mal menor que buscan infinidad de militantes, amenazados por unas Fuerzas Armadas permanentemente asesoradas por militares brasileños y agentes de la CIA.

Hambre y cárcel: esto es lo que queda detrás. La emigración masiva del uruguayo responde tanto a razones de tipo político como económico. Razones que se entrelazan y se sintetizan en una sola:

la incapacidad de hacer frente a la caótica situación económica por parte de unas clases retrógradas que, sin embargo, se resisten a abandonar el poder. Si hay fascismo es porque las clases dominantes —y el imperialismo— ven en él la única forma de controlar una situación que se les escapa de las manos. Cuando se siente amenazada, la burguesía, sea tercermundista o europea, se saca la máscara democrática y recurre a la violencia institucional. Los liberales se tornan fascistas. Y la represión se convierte en el único punto coherente del programa de Gobierno.

A un paso del abismo

Antes un tractor costaba veinte vacas. Ahora cuesta 120. Aquí está la clave del enigma. La explotación que sufren los países exportadores de materias primas por parte de las naciones industrializadas encuentra en el caso uruguayo el más evidente de los ejemplos. Los precios de los productos manufacturados suben siempre. Los de las materias pri-

mas, sólo en ciertas ocasiones. He aquí la triste verdad. A la larga, mientras persista esta división del trabajo a escala internacional, el intercambio, pese a momentos aislados de euforia, será siempre desfavorable para las neocolonias.

Después de la segunda guerra mundial, cuando Europa se hallaba en pleno periodo de reconstrucción, sus gobernantes no podían regatear el precio de la carne. Y el precio fue alto. Pero luego sonaron en el Viejo Mundo las trompetas del despegue. Se racionalizó el agro, aumentó la producción. La carne vacuna fue desplazada en parte por otros alimentos de más fácil industrialización (pollos, cerdo) el precio comenzó a descender. Negros nubarrones aparecieron en el despejado horizonte uruguayo. La clase media se empobreció. Sonaron los primeros disparos.

Y llegó la crisis del petróleo. Europa, afectada por la subida de precios del crudo, cerró sus puertas a la carne americana. Con ello mataba a dos pájaros de un tiro: protegía a la propia producción ganadera y economizaba divisas. Pero al otro lado del océano, los «stocks» de carne, sus traídos a los estómagos de los uruguayos por la veda, se acumulaban en los frigoríficos a la espera de algún comprador.

Para colmo de males, como si los primeros compases de este tango no fueran suficientes, resulta que Uruguay es quizá el único país latinoamericano sin petróleo. Suerte aciaga: sufrió más que ningún otro las consecuencias de la crisis. Subió el precio del crudo: subieron los precios de todos sus derivados. La gasolina se puso por las nubes: cendió el turismo. Con el des-

so del turismo, cerraron los hoteles. Con el cierre de los hoteles, cientos de empleados se quedaron en la calle. Aumentó la desocupación: se depreció la fuerza de trabajo. Disminuyó el poder adquisitivo de las clases popula-

res (y de la clase media). Toda la economía se resintió...

Podría citar otros ejemplos. Pero se mire desde el ángulo que se mire, aparece siempre el mismo panorama: una reacción en cadena de dimensiones catastróficas asola al país. En 1953, un dólar costaba tres pesos. En abril del año pasado, 1.200. Hoy cuesta mucho más de 3.000. Al ritmo de

(1) Galeano, «Las venas abiertas de América Latina».

esta devaluación vertiginosa, todos los artículos importados, derivados o no del petróleo, se revalorizan (lo que en una economía elemental como la uruguaya, que no produce casi nada, es particularmente grave). Hace un año, un Volkswagen costaba 8.000 dólares. Hoy... Hoy debe costar mucho más. Pero también los artículos de primera necesidad sufrieron aumentos alucinantes. En pocos días, las papas pasaron de 330 pesos el kilo a 1.000. El aceite, de 1.700 a 3.600. La lista sería interminable. Para acabar, digamos tan sólo que en cuatro años el coste de vida aumentó en un 1.000 por 100 mientras los salarios sólo aumentaban en un 600 por 100. El hambre es, pues, el último eslabón de la cadena.

¿Cómo enfrenta el gobierno esta caótica situación? Endeudándose más y más (la deuda externa asciende a 700 millones de dólares), agigantando la dependencia, vendiéndose a los poderes imperiales y subimperiales de la región. Su lema: mantener las estructuras a toda costa, aunque el país se hunda.

Los parásitos de la Sociedad

Los problemas estructurales que aquejan al Uruguay tienen dimensiones cósmicas. País neocolonial, aplastado por la mono-producción y la dependencia,

El Estado burgués, amenazado por la guerrilla y la movilización popular, aumentó el presupuesto en materia represiva. Hace pocos años el Ejército disponía de 9.000 hombres. Hoy dispone de 40.000. Los efectivos de la Policía crecieron de un modo semejante. La ley y el orden terminaron de agravar la situa-

En el campo la situación es todavía peor. Los latifundistas, sin la más mínima mentalidad capitalista, no se preocupan en absoluto por aumentar la producción. De las vacas uruguayas se obtiene la mitad de carne que de sus congéneres alemanas o francesas; el rendimiento de una hectárea de trigo es tres veces menor que en Francia; y en el caso del maíz los rendimientos de los Estados Unidos superan en siete veces a los del Uruguay.

A los latifundistas estas cifras les tienen sin cuidado. Para ellos no es necesario —ni mucho me-

nos de vida o muerte— mejorar el rendimiento de sus explotaciones. Dejándolo todo a la mano de Dios —es decir: a las lluvias y a la proverbial fertilidad del suelo— extraen sustanciosos dividendos con los que vivir a cuerpo de rey en sus lujosas mansiones de Carrasco y Punta del Este (cuando no en Miami o en Europa). En las épocas de auge, una parte de estos dividendos tomaron rumbos industriales. Pero desde entonces poco se ha hecho por poner al día la infraestructura productiva. Todo data de la época de Batlle.

Luego vino la decadencia. Y se inició la fuga de capitales. «Entre 1962 y 1966, según los datos oficiales, 250 millones de dólares volaron del Uruguay rumbo a los seguros bancos de Suiza y Estados Unidos». El reconocido patriotismo de las oligarquías criollas quedó demostrado una vez más con el más bello y palpable de los ejemplos. Los capitales se esfuman, como por arte de magia, en el momento en que son más necesarios para revitalizar una economía agónica. Y el campo, mientras, se despuebla. Viajar por el Uruguay es asistir al espectáculo lunar de un paisaje sin hombres. «Los mayores latifundios ocupan, y no todo el año, apenas dos personas por cada mil hectáreas. En los rancharios, al borde de las estancias, se acumulan, miserables, las reservas siempre disponibles de mano de obra. El gaucha de las estampas folklóricas, tema de cuadros y poemas, tiene poco que ver con el peón que trabaja, en la realidad las tierras anchas y ajenas. Las alpargatas bigotudas ocupan el lugar de las botas de cuero; un cinturón común, o a veces una simple piola, sustituye los anchos cinturones de oro y plata. Quienes producen la carne han perdido el derecho de comerla: los criollos muy rara vez tienen acceso al típico asado criollo, la carne jugosa y tierna dorándose a las brasas. Aunque las estadísticas internacionales sonrien exhibiendo promedios engañosos, la verdad es que el "ensoñado", guiso de fideos y achuras de capón, constituye la dieta básica, falta de proteínas, de los campesinos en Uruguay» (2).

Y, sin embargo, fue allí, en las pampas de la Banda Oriental, donde se gestó la primera Reforma Agraria de América Latina, im-

pulsada por Artigas. Luego la oligarquía de Montevideo boicoteó el proyecto. La Reforma quedó en nada. Y hoy, ciento cincuenta años después el campo sigue clamando por lo mismo. Posiblemente este clamor tardará en ser escuchado. Y en todo caso no lo será mientras sean los propios latifundistas quienes controlen, directa o indirectamente, el poder político.

El irresistible ascenso del ganadero Bordaberry

En noviembre de 1971, los Tupamaros anuncian una tregua para que las elecciones se desarrollen con toda normalidad. Junto a los partidos tradicionales de las clases dominantes —el Blanco y el Colorado—, se presenta el Frente Amplio, coalición que engloba a distintas agrupaciones democráticas y progresistas, entre las que se cuentan el Partido Comunista y la Democracia Cristiana. Seregni, un militar retirado, encabeza la fórmula, presentándose como candidato a la Presidencia.

Los días previos a las elecciones son particularmente agitados. Se suceden las manifestaciones de apoyo al Frente Amplio. Entre la oligarquía cunde el temor. E intenta generalizarlo. Todos los medios de comunicación se ponen a su servicio, lanzando repetidas advertencias a la población sobre el peligro comunista y el «terror rojo» (curioso «terror rojo» el que iba a desencadenar la Democracia Cristiana). Es la táctica de siempre: intentar sembrar el pánico entre la clase media para justificar, a la larga, el «terror blanco».

Llegan las elecciones y triunfa el Partido Colorado. Para el Frente Amplio, a pesar de no haber conseguido la Presidencia, la votación ha sido un éxito. Su futuro, a

partir de ahora el objetivo principal del nuevo gobierno será impedir por todos los medios que este futuro se convierta en presente.

En marzo del 73, Bordaberry asume la Presidencia. Casi al mismo tiempo se inicia una represión masiva contra todas las organizaciones populares. Aparecen los Escuadrones de la Muerte, organización parapolicial calada de su homónima brasileña. El 14 de abril mueren en un enfrentamiento cuatro miembros del grupo macabro y ocho Tupamaros. Tres días después elementos parapoliciales asaltan la sede del Partido Comunista y asesinan a ocho militantes.

(2) Galeano, op. cit.

Pero no es suficiente. En el Parlamento llueven las denuncias contra las atrocidades cometidas por las «fuerzas del orden» y sus apéndices. Los diputados del Frente Amplio se constituyen en perpetuos acusadores del Gobierno, arrastrando muchas veces en sus denuncias a sectores del Partido Blanco. El objetivo siguiente será, por lo tanto, acallar este foro molesto.

El Ejército empieza a inquietarse. En febrero del 73 se produce un conato de rebelión militar. Y ante la absurda perspectiva de ser desalojado del poder por quienes tienen la sacrosanta obligación de defender a los de su clase, el ganadero Bordaberry se adelanta a los acontecimientos y organiza él mismo un autogolpe. El 27 de junio declara en suspenso las libertades políticas y disuelve el Parlamento. A partir de ahora el Ejército gobernará directamente el país, con la fachada «legal» del flamante ganadero.

La respuesta del pueblo es inmediata. La CNT (Confederación Nacional del Trabajo) declara una huelga general indefinida en repudio al golpe. El 9 de julio, 200.000 personas —casi la mitad de la población adulta de Montevideo— recorren las principales avenidas de la ciudad lanzando gritos hostiles al Gobierno y a las Fuerzas Armadas. Interviene el Ejército. Y se produce un hecho insólito: de los blindados surgen voces de mando en portugués. Insólito hasta cierto punto, porque el Brasil participó en todas las fases de la escalada represiva uruguaya. Militares brasileños (junto con agentes de la CIA) asesoran permanentemente a los torturadores autóctonos. Y se dice que en la época de elecciones, varias divisiones brasileñas permanecían estacionadas al otro lado de la frontera, dispuestas a intervenir en el caso de que triunfara el Frente Amplio.

A partir del golpe, hasta nuestros días, la represión política ha ido en aumento, adquiriendo caracteres cada vez más generalizados. Actualmente hay en Uruguay 6.000 prisioneros políticos, sometidos a continuas torturas físicas y psicológicas. Raúl Sendic y otros diecisiete militantes del MLN (brazo político de los Tupamaros) han sido colocados en calidad de rehenes y amenazados de ser fusilados si su organización seguía actuando.



Mauricio Rosencof, guerrillero, escritor, uno de los más torturados

El fascismo se ha implantado en la Banda Oriental. Con esta cobertura política las clases dominantes quieren impulsar un tipo de desarrollo a la brasileña, bajo el signo del sometimiento incondicional a las directrices imperiales (en este caso habría que añadir las «directrices subimperiales»). Pero del terreno de las intenciones al de los resultados media un abismo. El ansiado despegue económico no se produce ni parece que se vaya a producir en un futuro inmediato. Todo lo contrario. A pesar de la mano servil que se les tiende, pocas empresas imperiales quieren invertir en un país con un mercado potencial tan pequeño. Sólo las subimperiales, impulsadas por el delirio expansionista de su Gobierno, penetran en el Uruguay hipotecando su independencia. «Pequeño país esquina con vista al mar, se vende». Ahora ya sabemos quién ha puesto en venta al Uruguay: el fascismo y las clases a las que sirve.

El país se hunde y las personas que podrían evitarlo están en la cárcel, en el exilio o en la clandestinidad.